Emily Brontë

Cumbres Borrascosas

Traducción de Rosa Castillo

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Wuthering Heights*

Primera edición: 2005
Séptima edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Herederos de Rosa Castillo
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-835-9
Depósito legal: M. 108-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Capítulo primero
17 Capítulo 2
31 Capítulo 3
49 Capítulo 4
60 Capítulo 5
66 Capítulo 6
76 Capítulo 7
91 Capítulo 8
104 Capítulo 9
126 Capítulo 10
149 Capítulo 11
164 Capítulo 12
182 Capítulo 13
198 Capítulo 14
210 Capítulo 15
222 Capítulo 16
229 Capítulo 17
253 Capítulo 18
267 Capítulo 19
273 Capítulo 20
282 Capítulo 21
305 Capítulo 22
314 Capítulo 23
325 Capítulo 24

339 Capítulo 25
345 Capítulo 26
351 Capítulo 27
368 Capítulo 28
378 Capítulo 29
386 Capítulo 30
395 Capítulo 31
403 Capítulo 32
419 Capítulo 33
431 Capítulo 34

Capítulo primero

1801

Acabo de llegar de una visita al dueño de mi casa, el solitario vecino con el que voy a tener que lidiar. Es ésta en verdad una hermosa región. No creo que me hubiera podido fijar en toda Inglaterra en un paraje tan del todo apartado del mundanal ruido. Es un perfecto paraíso para misántropos, y el señor Heathcliff y yo una pareja ideal para compartir esta desolación entre los dos. ¡Qué hombre más extraordinario! Poco se podía imaginar lo que simpatizaba con él cuando vi sus ojos negros esconderse recelosos bajo sus cejas al acercarme a caballo y cuando sus dedos se cobijaron con clara resolución, cada vez más adentro, en su chaleco al anunciar mi nombre.

–¿El señor Heathcliff? –dije.

Una inclinación de cabeza fue su respuesta.

–El señor Lockwood, su nuevo inquilino, señor. Tengo el honor de visitarle lo antes posible después de mi llegada, para expresarle mi esperanza de no haberle molestado con mi insistencia en solicitar la ocupación de la Granja de los Tordos. Supe ayer que usted pensaba…

–La Granja de los Tordos es mía, señor –me interrumpió con una mueca–, y no permito que nadie me moleste, si lo puedo evitar… ¡Pase!

Este *pase* lo pronunció con los dientes apretados como diciendo «vete al diablo». Ni siquiera la verja en que se apoyaba hizo ningún movimiento que correspondiera a sus palabras, y creo que fue esta circunstancia la que me decidió a aceptar la invitación: sentí interés por un hombre que parecía más exageradamente reservado que yo. Cuando vio que el pecho de mi caballo empujaba con resolución la verja, alargó la mano para abrirla, y de mal humor, me precedió por el camino, dando una voz al entrar en el patio:

–¡Joseph, llévate el caballo del señor Lockwood y sube vino!

«Éstos son todos los criados que tenemos, supongo», fue la reflexión que me sugirió la doble orden. «No me extraña que la hierba crezca entre las losas y que el ganado sea el único que corte los setos.»

Joseph era un hombre mayor, más aún, viejo; muy viejo quizás, aunque sano y vigoroso.

–¡Dios nos valga! –dijo para sí, en voz baja y de displicente desagrado, mirándome mientras al rostro con tanta acritud que supuse, caritativamente, que debía necesitar del auxilio divino para hacer la digestión y que esta piadosa jaculatoria no tenía nada que ver con mi inesperada visita.

Cumbres Borrascosas es la morada del señor Heathcliff. *Borrascosas* es un adjetivo muy local que describe la agitación atmosférica a que está expuesto el lugar en tiempo de tormenta. Debe haber, sin duda, allá arriba, una ventilación pura y saludable en todas las estaciones; uno se imagina la fuerza del viento del norte cuando sopla por encima del margen de la sierra, por la excesiva inclinación de unos abetos enanos que hay al final de la casa y por una hilera de flacos espinos que alargan sus miembros en una sola dirección, como mendigando la luz del sol. Por fortuna, el arquitecto tuvo la prevención de construirla sólida; las angostas ventanas están bien encajadas en el muro y los ángulos protegidos por grandes salientes de piedra.

Antes de cruzar el umbral me detuve para admirar la cantidad de esculturas grotescas esparcidas por la fachada, sobre todo en la puerta principal, en la que, entre una maraña de grifos que se desmoronaban y niños impúdicos, detecté la fecha «1500» y el nombre «Hareton Earnshaw». Hubiera hecho algunos comentarios y solicitado una breve historia del lugar al huraño propietario, pero su actitud en la puerta parecía pedirme que entrara pronto o me fuera de una vez, y no quise agravar su impaciencia previamente a inspeccionar el santuario.

Un escalón nos condujo al cuarto de estar de la familia sin ningún vestíbulo o pasillo introductorios: aquí lo llaman *la casa* por excelencia; incluye en general la cocina y la sala, pero creo que en Cumbres Borrascosas la cocina se ha visto obligada a retirarse a otra parte; por lo menos yo percibí, como desde muy adentro, parloteos y ruido de cacharros de cocina, y observé que no había señales

de asar, hervir u hornear en la enorme chimenea, ni brillo de cacerolas de cobre o escurridores de hojalata en las paredes. Verdad es que un extremo de la estancia reflejaba espléndidamente tanto la luz como el calor desde las hileras de enormes fuentes de peltre entremezcladas con jarras de plata, que ascendían, hilera sobre hilera, en un enorme aparador de roble, hasta el mismo techo. Este último no había sido revocado nunca, su completa anatomía quedaba al desnudo ante la mirada del observador, excepto donde la ocultaba un bastidor de madera cargado de panes de avena, jamones apiñados y piernas de vaca y carnero. Sobre la chimenea había varias escopetas feas y viejas y un par de pistolas de arzón y, a manera de adorno, tres botes de colores chillones colocados en la repisa. El suelo era liso, de piedra blanca; las sillas de respaldo alto, de forma anticuada, pintadas de verde; una o dos –negras y pesadas– estaban ocultas en la sombra. En un arco que se formaba bajo el aparador reposaba una enorme perra de muestra de color rojizo oscuro, rodeada de un enjambre de cachorros todos chillando, y otros perros se cobijaban por los rincones. La vivienda y los muebles no tendrían nada de extraordinario si hubieran pertenecido a un sencillo labrador norteño de aire tenaz, de miembros fornidos realzados por el calzón corto y las polainas. Tales individuos pueden verse sentados en su sillón, ante el vaso de espumante cerveza sobre la mesa redonda, a cinco o seis millas de distancia entre estas colinas, si se va a la hora oportuna, después de comer. Pero el señor Heathcliff ofrece un singular contraste con su vivienda y estilo de vida. Es hombre de piel oscura, con aspecto agitanado; en cuanto a traje y maneras un

caballero, es decir, tan caballero como tantos campesinos hacendados; algo descuidado quizás, pero no mal parecido en su descuido, porque tiene una figura derecha y distinguida, y un tanto taciturno. Es muy posible que haya quien le achaque cierto orgullo grosero, pero hay dentro de mí una fibra que simpatiza con él y que me dice que no hay tal cosa: yo sé por instinto que su reserva procede de un rechazo de la exhibición espectacular de los sentimientos y de las manifestaciones de mutuas amabilidades. Amará y odiará con igual disimulo y considerará una impertinencia ser amado u odiado a su vez. Pero no, corro demasiado, le estoy concediendo a él, con excesiva generosidad, mis propias cualidades; el señor Heathcliff puede tener razones muy distintas a las mías para no alargar su mano cuando se encuentre un posible amigo. Confío en que mi carácter sea casi único: mi querida madre acostumbraba a decir que nunca tendría un hogar a mi gusto y ya el verano pasado demostré que era indigno de tal cosa.

Cuando disfrutaba de un mes de buen tiempo a la orilla del mar, conocí a la más fascinante criatura, una verdadera diosa a mis ojos mientras no se fijó en mí. Yo nunca le declararé mi amor de palabra, pero, si los ojos hablan, el más idiota podía haber adivinado que estaba loco por ella; me comprendió al fin y me miró a su vez con la más dulce de las miradas. ¿Qué hice entonces? Lo confieso con vergüenza: me encogí glacialmente dentro de mí como un caracol; a cada mirada me encogía más adentro y con más frío, hasta que, al final, la pobre inocente llegó a dudar de sus propios sentidos y, abrumada de confusión ante su supuesto error, persuadió a

su mamá de levantar el campo. Por este curioso aspecto de mi carácter me he ganado la reputación de ser deliberadamente insensible. Cuán inmerecida es, sólo yo lo puedo apreciar.

Tomé asiento en el extremo de la chimenea opuesto a aquel hacia el que avanzaba mi casero. Intenté llenar un intervalo de silencio acariciando a la canina madre que había dejado sus crías e, insidiosa como una loba, iba por detrás de mis piernas, con el morro fruncido y haciéndose agua sus blancos dientes por lanzarme una dentellada. Mi caricia provocó un gruñido largo y gutural.

–Sería mejor que dejara a la perra en paz –rezongó al unísono el señor Heathcliff, reprimiendo con un puntapié más crueles demostraciones–; no está acostumbrada a que se la mime, ni la tenemos para jugar.

Acercándose luego a una puerta lateral gritó de nuevo:

–¡Joseph!

Joseph murmuraba confusamente en las profundidades de la bodega, pero no daba señales de subir; entonces el amo se sumergió en su busca, dejándome *vis à vis* con la brutal perra y un par de torvos perros pastores con mucha pelambre que compartían con aquélla una celosa vigilancia sobre todos mis movimientos. Sin ninguna gana de entrar en contacto con sus colmillos, me quedé quieto, pero imaginándome que no entenderían tácitos insultos me permití, desgraciadamente, guiñar y hacer muecas al trío, pero alguno de los visajes de mi rostro debió de irritar de tal manera a la dama que se enfureció de repente y saltó a mis rodillas; la rechacé, apresurándome a interponer la mesa entre los dos.

Este procedimiento alborotó a todo el enjambre y media docena de diablos de cuatro patas, de varios tamaños y edades, salieron de ocultas guaridas hacia el centro común. Sentí que mis talones y los faldones de mi casaca eran el especial objeto de ataque y, defendiéndome de mis agresores más grandes lo más eficazmente que pude con el atizador, me vi obligado a pedir a gritos socorro de alguien de la casa para que restableciera la paz. El señor Heathcliff y su criado subieron los peldaños de la bodega con flema vejatoria; no creo que se movieran ni un segundo más deprisa de lo normal, a pesar de que la estancia era una verdadera tempestad de pelea y aullidos. Por fortuna, una moradora de la cocina se dio más prisa; una mujer robusta con falda recogida, brazos desnudos y mejillas encendidas se lanzó entre nosotros blandiendo una sartén, y usó esta arma y su lengua con tal resolución, que la tormenta se calmó como por encanto. Y sólo quedaba ella, jadeante como el mar después de un huracán, cuando su amo entró en escena.

–¿Qué demonios pasa? –preguntó, mirándome de tal manera que apenas lo pude soportar después de tan inhospitalario trato.

–Eso, ¡qué demonios! –murmuré–. La piara de cerdos endemoniados no pudieron tener peores espíritus que estos animales suyos; sería lo mismo dejar a un forastero con una manada de tigres.

–No se meten con quien no toca nada –observó, poniendo la botella delante de mí y colocando la mesa en su sitio–. Hacen bien los perros en vigilar. ¿Un vaso de vino?

–No, gracias.

–¿Le han mordido?

–Si lo hubieran hecho habría dejado mi sello en el responsable.

El semblante de Heathcliff se relajó en una especie de sonrisa.

–Vamos, vamos –dijo–, está usted alterado, beba un poco de vino. Los huéspedes son tan extraordinariamente raros en esta casa que ni yo ni mis perros, lo confieso tranquilamente, sabemos apenas cómo recibirlos. ¡A su salud, señor!

Me incliné y devolví el brindis, empezando a comprender que sería tonto seguir de mal humor por los desmanes de una jauría de perros de mala raza; además, me fastidiaba continuar proporcionando diversión a mi costa a este tipo cuyo humor había tomado tal giro. Él –probablemente inclinado por prudencia a considerar que era una locura ofender a un buen inquilino– suavizó un poco su lacónico estilo de rebanar los pronombres y verbos auxiliares, e introdujo lo que él suponía podría ser un tema de interés para mí: un discurso sobre las ventajas y desventajas de mi actual lugar de retiro. Me pareció muy inteligente en los temas que tratamos, y antes de irme a casa estaba tan animado, que le prometí otra visita al día siguiente.

Era evidente que él no deseaba que yo repitiera mi intromisión. Sin embargo, iré. Es asombroso lo sociable que me siento comparado con él.

Capítulo 2

La tarde de ayer se presentó fría y con niebla. Tenía medio pensado pasarla junto al fuego de mi estudio, en lugar de calarme por los brezos y el barro hacia Cumbres Borrascosas. Al volver de comer, sin embargo (nótese que como entre las doce y la una; el ama de llaves, una mujer con aspecto de matrona que tomé con la casa como un anejo, no pudo, o no quiso, comprender mi demanda de que me sirviera a las cinco), al subir la escalera con este perezoso propósito y entrar en la habitación, vi una criadita de rodillas, rodeada de escobas y de cubos de carbón y levantando un polvo infernal al apagar las brasas con montones de ceniza. Este espectáculo me echó para atrás inmediatamente, cogí el sombrero y, después de cuatro millas de caminata, llegué a la verja del jardín de Heathcliff justo a tiempo de escapar a los primeros y ligeros copos de una nevada.

En aquella desolada cima la tierra estaba dura por una escarcha negra, y el aire me hizo tiritar de pies a cabeza.

Siendo incapaz de quitar la cadena, salté por encima y, corriendo por el camino empedrado y bordeado de dispersos arbustos de grosella, llamé en vano a la puerta para que me abrieran, hasta que me escocieron los nudillos y ladraron los perros.

«¡Miserables habitantes de esta casa –dije para mis adentros–, merecéis el perpetuo aislamiento de vuestros semejantes por vuestra brutal falta de hospitalidad! Por lo menos yo no tendría las puertas cerradas por el día. No importa, entraré». Con esta resolución agarré la aldaba y la sacudí con fuerza. Joseph, el de la cara avinagrada, asomó la cabeza por una ventana redonda del granero.

–¿Qué quiere? –gritó–. El amo está abajo, en el corral; dé la vuelta al granero si quiere hablar con él.

–¿No hay nadie dentro para abrir la puerta? –grité, respondiendo.

–No hay nadie más que la señora y ella no abrirá aunque siga usted haciendo ese espantoso ruido hasta la noche.

–¿Por qué? ¿No puede usted decirle quién soy, Joseph?

–Yo no, no quiero meterme en eso –murmuró la cabeza, desapareciendo.

La nieve empezó a caer espesa. Cogí de nuevo la aldaba para intentarlo una vez más, cuando un joven en mangas de camisa, con una horquilla al hombro, apareció por detrás del patio. Me indicó a gritos que le siguiera y, después de atravesar un lavadero y un espacio enlosado donde había la carbonera, una bomba y el palomar, llegamos por fin a la estancia amplia, caliente y alegre en la

que fui recibido la primera vez. Resplandecía con encanto el fulgor de un inmenso fuego de carbón, turba y leña, y cerca de la mesa, preparada para una abundante cena, me complació descubrir a la «señora», persona cuya existencia no había previamente sospechado.

Saludé y esperé, pensando que me invitaría a tomar asiento. Me miró recostándose en su silla, y permaneció inmóvil y muda.

–¡Mal tiempo! –dije–. Me temo que la puerta pague las consecuencias de la calma con que atienden sus criados: me costó mucho trabajo hacerme oír.

No despegó los labios. La miré fijamente y me miró también, o por lo menos tenía los ojos fijos en mí de una manera fría, indiferente, en extremo embarazosa y desagradable.

–Siéntese –dijo el joven bruscamente–, pronto vendrá.

Obedecí, carraspeé, y llamé a la malvada *Juno,* que se dignó, en esta segunda visita, mover la punta del rabo en señal de que me reconocía.

–¡Hermoso animal! –volví a hablar–. ¿Piensa usted deshacerse de las crías?

–No son mías –contestó la amable anfitriona de una manera aún más molesta de como hubiera respondido el mismo Heathcliff.

–¿Entonces sus favoritos están entre éstos? –continué, volviéndome a un almohadón de color oscuro lleno de algo que parecían gatos.

–¡Vaya unos favoritos! –observó con desdén.

Por desgracia, aquello era un montón de conejos muertos. Tosí otra vez y me acerqué a la lumbre repitiendo mi comentario sobre la inclemencia de la tarde.

–No debía usted haber salido –dijo, levantándose y alcanzando de la chimenea dos de los botes pintados.

Su posición anterior la dejaba en la sombra, pero ahora tuve una visión clara de su aspecto y fisonomía. Era esbelta y al parecer apenas había pasado la adolescencia; tenía una admirable figura y la más preciosa carita que nunca tuve el gusto de mirar; facciones menudas y muy bonitas; rizos rubios, más bien dorados, caían sueltos sobre su delicado cuello, y los ojos, si hubieran tenido una expresión agradable, hubieran sido irresistibles. Por fortuna para mi susceptible corazón, el único sentimiento que expresaban vacilaba entre el desprecio y una especie de desesperación que no era natural descubrir en tales ojos.

Los botes estaban casi fuera de su alcance. Hice ademán de ayudarla y se volvió hacia mí como un avaro se hubiera vuelto hacia alguien que hubiera intentado ayudarle a contar su dinero:

–No necesito su ayuda –saltó–. Los puedo coger sola.

–Usted perdone –me apresuré a contestar.

–¿Está usted invitado al té? –preguntó, atándose un delantal sobre el pulcro vestido negro y sosteniendo una cucharada de hojas sobre la tetera.

–Tendré mucho gusto en tomar una taza –contesté.

–¿Está usted invitado? –repitió.

–No –dije medio sonriendo–. Usted es la persona más apropiada para invitarme.

Volvió a echar el té, cuchara y todo, en la lata, y volvió a ocupar su silla favorita con el ceño fruncido y su labio inferior prominente como el de un niño a punto de llorar.

Entretanto, el joven se había echado encima una chaqueta muy ajada e, irguiéndose ante la lumbre, me miró de reojo de la misma manera que si hubiera habido entre nosotros alguna mortal querella que vengar. Empecé a dudar si sería un criado o no. Su vestimenta y su habla eran zafias y del todo privadas de esa superioridad evidente en el señor y la señora Heathcliff; sus abundantes rizos castaños eran bastos y descuidados, sus patillas se extendían hirsutas por su rostro y sus manos estaban curtidas como las de un vulgar labrador. Su aire, sin embargo, era desenvuelto, casi altanero, y no mostraba ninguna diligencia doméstica para ayudar a la señora de la casa. A falta de pruebas claras de su condición, me pareció lo mejor abstenerme de reparar en su curiosa conducta, y a los cinco minutos la llegada de Heathcliff me alivió, hasta cierto punto, de mi incómoda situación.

–Ya ve usted, he venido según le prometí –exclamé fingiéndome alegre–, y me temo que el tiempo me detenga media hora, si usted puede darme cobijo este rato.

–¿Media hora? –dijo, sacudiendo de su ropa los blancos copos–. Me extraña que haya escogido lo más fuerte de una nevada para andar por ahí. ¿No sabe usted que corre el peligro de perderse por estas tierras pantanosas? Personas familiarizadas con estos páramos pierden a menudo la pista en noches como ésta, y le puedo asegurar que no hay posibilidad de cambio de momento.

–Quizás podría conseguir un guía de entre sus mozos y que se quedara en la Granja hasta mañana. ¿Puede usted disponer de uno?

–No, no puedo.

–Ah, claro. Bueno, tendré entonces que confiar en mi propia sagacidad.

–¡Hum!

–¿Vas a hacer el té? –preguntó el de la chaqueta raída, pasando su feroz mirada de mí a la joven.

–¿Va él a tomar té? –preguntó ésta dirigiéndose a Heathcliff.

–Prepáralo, ¿quieres? –fue la respuesta, pronunciada tan bárbaramente que me sobresaltó. El tono en que estas palabras fueron dichas mostraba un auténtico mal carácter; ya no me sentí inclinado a seguir llamando a Heathcliff un hombre extraordinario. Terminados los preparativos me invitó diciendo:

»Ya, señor, acerque su silla.

Y todos, incluso el joven zafio, nos sentamos a la mesa; un austero silencio reinó mientras tomábamos nuestro refrigerio.

Pensé que, ya que el nublado era por culpa mía, tenía que hacer un esfuerzo por disiparlo. No podía ser que todos los días estuvieran tan irascibles y taciturnos, y era imposible, por muy mal genio que tuvieran, que aquel mal humor general fuera su talante acostumbrado.

–Es curioso –comencé en el intervalo entre terminar una taza y recibir otra–, es curioso cómo la costumbre puede moldear nuestros gustos y nuestras ideas. Mucha gente no podría imaginar que existe felicidad en una vida tan apartada del mundo como la que usted lleva, señor Heathcliff. Sin embargo, me atrevería a decir que rodeado de su familia, y con su amable esposa como ángel tutelar de su hogar y de su corazón…

–¡Mi amable esposa! –interrumpió con una expresión de sarcasmo casi diabólica–. ¿Dónde está mi amable esposa?

–Sí, la señora Heathcliff, quiero decir.

–Bien, sí, usted querrá indicar que su espíritu ha adoptado el papel de ángel tutelar y custodia los bienes de Cumbres Borrascosas, aun cuando su cuerpo haya desaparecido. ¿No es eso?

Dándome cuenta de mi desatino, intenté remediarlo. Podía haber visto que había demasiada diferencia de edad entre uno y otro para que pudieran ser marido y mujer. Él podría tener cuarenta años, época de vigor mental en la que los hombres rara vez acarician la engañosa ilusión de que las muchachas se casen con ellos por amor; este sueño está reservado sólo para solaz de nuestros años de decadencia. Ella no representaba más de diecisiete.

Entonces me asaltó una brillante idea: «El patán que está a mi lado, que bebe el té en tazón y come el pan con las manos sucias, debe de ser su marido: Heathcliff hijo, por supuesto. He aquí las consecuencias de enterrarse en vida; se ha echado en brazos de este rústico por pura ignorancia de que existen personas mejores. ¡Qué lástima! Tengo que tener cuidado de que por mi causa no lamente su elección». Esta última reflexión podría parecer vanidosa, pero no lo era. Mi vecino me resultaba casi repugnante y sabía por experiencia que yo era bastante atractivo.

–La señora Heathcliff es mi nuera –dijo Heathcliff, corroborando mi sospecha. Y le dirigió al hablar una mirada muy especial, una mirada de odio, a no ser que tenga

un conjunto de músculos faciales tan perversos que no interpreten, como los de todo el mundo, el lenguaje de su alma.

–¡Ah, claro, ahora lo veo! ¡Usted es el feliz poseedor de esa hada benéfica! –observé, volviéndome a mi vecino.

Esto aún fue peor; el joven enrojeció y cerró los puños con toda la apariencia de sopesar una agresión, pero al poco rato pareció reflexionar y apaciguó la tormenta con una brutal maldición dirigida a mí, de la que, sin embargo, procuré no enterarme.

–Es usted desafortunado en sus conjeturas, señor –observó mi huésped–. Ninguno de nosotros tiene el privilegio de poseer a su hada buena; su marido murió. Dije que era mi nuera, por lo tanto debió haberse casado con mi hijo.

–Y este joven es…

–No es mi hijo, por supuesto.

Heathcliff sonrió de nuevo como si hubiera sido una broma demasiado atrevida atribuirle la paternidad de aquel oso.

–Mi nombre es Hareton Earnshaw –refunfuñó el otro– y le aconsejo que lo respete.

–No he mostrado falta de respeto –fue mi respuesta, riéndome para mis adentros de la dignidad con que se presentaba a sí mismo.

Fijó en mí sus ojos más tiempo del que yo estaba dispuesto a devolverle la mirada, por miedo a que me entrara la tentación de darle de bofetadas o de echarme a reír. Empecé a sentirme, sin lugar a dudas, desplazado en ese agradable círculo familiar. La lúgubre atmósfera espiri-

tual sobrepasó, y aun neutralizó, el bienestar físico que me rodeaba, y resolví ser cauto de aventurarme bajo aquel techo una tercera vez.

Terminada la colación, como nadie pronunciaba una palabra de sociable coloquio, me acerqué a una ventana para ver qué tiempo hacía. Vi un espectáculo tristísimo: una noche oscura que caía prematuramente, y los montes y cielo mezclados en un violento torbellino de viento y nieve espesa.

–Me parece imposible llegar a casa ahora sin un guía –no pude menos de decir–. Los caminos estarán ya sepultados y, si estuvieran descubiertos, apenas podría distinguir un paso hacia adelante.

–Hareton, llévate a esa docena de ovejas al porche del granero. Las cubrirá la nieve si las dejamos en el redil toda la noche, y ponles un tablón delante –dijo Heathcliff.

–¿Qué debo hacer? –continué con creciente irritación.

No hubo respuesta a mi pregunta y, mirando a mi alrededor, vi sólo a Joseph que traía un cubo lleno de comida para los perros, y a la señora Heathcliff, inclinada sobre el fuego, entreteniéndose en quemar un puñado de fósforos que había caído de la repisa de la chimenea cuando puso los botes de té en su sitio. El primero, después de dejar su carga, echó una mirada crítica por la habitación y con voz cascada gruñó:

–¿Cómo está ahí holgazaneando, y aún peor, cuando todos se han ido? Es usted una calamidad y no vale la pena hablar, nunca se corregirá de sus malas costumbres; pero se irá de cabeza al infierno, como su madre se fue antes que usted.